

SANTIAGO PEREGRINO

Anónimo

Ca. 1750

Madera policromada. Ojos de pasta vítrea

78 x 44 x 31 cm

Antas de Ulla, Lugo

Nº de Inv. 3.822

Como sucede con otros mitos la *inventio* de la tumba del Apóstol Santiago no necesita ser explicada, con contarle llega. Sin embargo es necesario analizar y conocer el tiempo y las circunstancias en las que se forjó para poder comprenderlo en todo su significado y trascendencia, no solo para el mundo de la fe y las creencias sino para el de las ideas, la cultura y el arte y especialmente de la escultura. Este conocimiento nos lleva a constatar que el proceso de creación y posterior evolución de la iconografía del Apóstol Santiago va a estar unido de manera inexorable al descubrimiento de la tumba del Apóstol y al éxito prontamente alcanzado del hecho de la peregrinación. En efecto, hasta que no se descubre alrededor del año 830, en un lugar alejado del noroeste peninsular, perteneciente a la diócesis de Iria, un viejo sepulcro por parte del Obispo Teodomiro (+847), que se interpretó como la del Apóstol Santiago el Mayor, la imagen del Apóstol no adquirirá su verdadera dimensión y personalidad. Con anterioridad, su imagen, al no llevar ningún símbolo que lo identificase, como sucedía en los casos de Pedro y Pablo, permanecía difuminada, resultando difícil reconocerlo entre el resto del Apostolado. Sólo desde Compostela se forjarán y evolucionarán a lo largo del tiempo, las distintas representaciones de Santiago tal y como las conocemos Apóstol, Peregrino, Matamoros o Soldado de Cristo adquiriendo su verdadera dimensión. Pero esta diversidad de representaciones tan rica y variada no es casual ni gratuita, sino que verán impulsada desde iglesia y la monarquía para satisfacer unas necesidades religiosas sin duda, pero también políticas y económicas, alcanzando un rápido éxito, siendo aceptadas muy pronto por la devoción popular.

Una de las representaciones más veneradas, ya desde la Edad Media, fue la que identifica al Apóstol con un peregrino. Santiago, a imitación de Cristo, se convierte en ella en peregrino de su propio santuario. Se representa

como la figura de un caminante, lo que se sugiere a veces poniendo los pies en planos diferentes.

El rostro joven y apacible casi siempre, y el mirar soñador de quien comienza un largo camino. Sus signos son muy característicos: sombrero de ala ancha doblada en media luna, calabaza para el agua, bordón o báculo de peregrino, que algunas veces sobresale de la cabeza y del que cuelgan algunos símbolos o cintas, el zurrón y la venera, testimonio y salvoconducto del viaje a Compostela, y la esclavina para protegerse de la lluvia. Esta iconografía que identifica a Santiago con sus devotos, surge en Francia en el siglo XII siendo difundida rápidamente por toda Europa, evolucionando y adaptándose a los distintos estilos a lo largo de los siglos. La cima artística de esta iconografía se logrará a comienzos del siglo XV en Borgoña, con las célebres esculturas de Claus Sluter para la Cartuxa de Champmol, en Dijon. En las que se logra un alto individualismo en el rostro, una gran maestría en la plasmación de las telas, y una gran riqueza y complejidad en el tratamiento de los pliegues, que tendrá una gran influencia en la escultura posterior, llegando su influencia en ocasiones incluso bien entrado el siglo XVI. El manierismo será un momento de inflexión y llevará su sinuosa elegancia, incluso a imágenes de tipo popular, muchas de ellas en la actualidad perdidas. Pocos años más tarde, el barroco, sin grandes modificaciones, se percibirá en el tratamiento quebrado de los pliegues, en la grandiosidad de las tallas y en la disposición de los brazos que portan el báculo y el libro, casi siempre buscando la diagonal, y sobre todo en la búsqueda del naturalismo en el rostro, vulgarizándolo muchas de las veces. Partiendo de estos postulados, al final de la centuria alcanzará un gran predicamento el Santiago labrado en 1694 para la Puerta Santa de la Catedral de Santiago, por Pedro del Campo, obra a incluir en el círculo de seguidores de Domingo de Andrade, y que tendrá su culminación en el Santiago que corona la hornacina central de la fachada del Obradoiro.

De excepcional importancia para esta iconografía será también el Santiago peregrino de la sala capitular de la catedral de Santiago. Realizado a mediados del siglo XVIII por enigmático escultor José Gambino, introductor del estilo rococó en Galicia, marcará nuevas pautas en la escultura gallega. El aristocrático ponerte de su figura, la riqueza de su policromía, el tratamiento de los cabellos y la melancolía de su rostro influirán decisivamente en el gusto de finales del siglo XVIII.

Estilísticamente la talla de Santiago peregrino que hoy nos ocupa es deudora de estas tendencias, tamizada por el gusto popular. Como es habitual porta todos los atributos que le son característicos: bordón, sombrero, libro y bolsa, ésta muy distinta de aquella otra que se describe en el *Liber Sancti Iacobi* como “*estrecha de pie, con la boca abierta y sin ataduras*”. Viste una rica túnica ceñida a la cintura, que cubre con manto y esclavina, donde luce las características vieiras. La colocación de los pies en actitud de andar motiva la disposición de los pliegues de la capa resueltos de forma acartonada, en leve movimiento, indicando su condición de caminante. El rostro, donde queda patente una cierta influencia rococó, se resuelve con ingenuidad y empalago, acentuado por el tratamiento de los cabellos y por la cuidada disposición de las ondas de la barba.